

Diálogo de Catalina de Siena con Benedicta Salimbeni

Cándido Ániz Iriarte, OP

Presentación

Diálogo sobre el árbol del amor

Estaba avanzado el año 1377.

El papa Gregorio XI había retornado de Aviñón a Roma, y con ello se habían realizado los deseos profundos del pontífice, y los de santa Catalina de Siena. La necesaria reforma de una Iglesia que se hallaba inmersa en situaciones morales y políticas deplorables sólo podía emprenderse desde la Sede romana, centro de la cristiandad, comenzando por las altas jerarquías eclesiásticas y llegando hasta los más humildes miembros de la comunidad creyente.

En estos momentos, Catalina de Siena, movida por el Espíritu, y dispuesta a dar por la santidad de la Iglesia de Cristo hasta la última gota de su sangre, se consumía en la oración, en misiones de paz, en servicios de caridad, y en la promoción directa o epistolar de almas selectas que querían abrazarse con Cristo crucificado poniendo su humilde complemento a la pasión redentora de Cristo.

Una de esas almas elegidas era la condesa Benedicta, hija de Juan de Agnolino Salimbeni, de Siena, Italia. A ella dirigió Catalina la carta que en las colecciones de Cartas de la santa lleva el número 113. Su intención era *adoctrinarla en la verdad y caridad, y ofrecerle algunas pautas por las que se accede a la unión con Dios y al perfecto servicio de amor a los hombres.*

Esta carta es una lección sobre la Caridad, ilustrada con la representación simbólica de la vida en el *Árbol de la caridad*. El texto original es compacto, denso y único. Aquí lo presentamos como un dialoguillo de Catalina y la condesa, y lo distribuimos en varios párrafos, dando a cada uno subtítulo propio orientativo, y añadiendo una síntesis de pensamientos esenciales.

1. No hay vivir humano sin amor y sin luz

*En el nombre de Jesucristo crucificado y de María dulce.
Carísima hija, Benedicta, en Cristo dulce Jesús.*

Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo.

Os escribo en su preciosa sangre *con el deseo de veros fundada en verdadera y perfecta caridad*, pues la caridad es como un traje nupcial que cubre toda nuestra desnudez y oculta nuestras vergüenzas, es decir, borra el pecado que las origina. Sí, la caridad extirpa el pecado y lo consume con su calor. Y sin su vestidura no podemos entrar en la vida perdurable a la que estamos invitados .

1.1. ¿Me preguntas qué es la caridad?

La caridad es un *amor inefable*, un amor que el alma arranca {alcanza} del {corazón de} su Creador, poniendo en juego todo su afecto y todas sus fuerzas. Digo que el alma lo *arranca* de su Creador, y así es en verdad. Que *¿cómo lo arranca? Con golpes de amor*, pues *el amor no se adquiere sino con amor y por el amor*.

Me preguntarás ahora, carísima hija, *cómo has de conducirte para lograr y alcanzar ese amor*. Y yo te responderé que todo amor se adquiere *con ayuda de la luz*. Sí, sí. Lo digo en el sentido de que *lo que no se ve no se conoce, y lo que no se conoce no se ama*.

A ti te es necesaria cierta luz, para que con ella veas y conozcas qué debes amar.

Piensa que precisamente por eso, porque a todos nos es necesaria la luz, proveyó Dios a nuestra indigencia dándonos *luz en el entendimiento*, que es la parte más noble del alma, enriquecida con la pupila de la santísima fe, dentro de ella.

Te digo, Benedicta, que una persona puede ser capaz, por ejemplo, de *ofender a su Creador*, pero *no es capaz de vivir sin amor y sin luz*.

El alma, que ha sido hecha de amor y creada por amor -a imagen y semejanza de Dios- no puede vivir sin amor, y no podría amar sin luz. De donde se sigue que, si el alma quiere amar, es preciso que al mismo tiempo vea lo que ama.

1.2. ¿Es muy distinto el ver y amar en un hombre mundano y en un siervo de Dios?

Sí, lo es Benedicta.

El ver y el amar de los hombres del mundo es tenebroso y oscuro, porque se da en la oscura noche, y no discierne la verdad. Es un amor mortal, pues da muerte al alma quitándole la vida de la gracia.

¿Te parece impropio llamar "oscuro" al ver propio de los hombres del mundo?

Pues te responderé: lo es porque se da en la *oscuridad de las cosas transitorias del mundo*, porque al hombre mundano estas cosas de le ponen delante de sus ojos {para que sólo las vea a ellas} sin dejar ver a Dios. Es decir, hacen que el hombre las contemple no en su bondad {profunda} sino sólo en cuanto que son objetos de deleite sensible...

Muy distinto de ese amor sin luz, propio de los hombres del mundo, que da muerte, es el *amor del siervo de Dios: un amor que da vida*, pues el amor que se alcanza del sumo y eterno Amor da vida de gracia.

Por eso, digo : cuando el hombre posee primero la luz del ojo del entendimiento {que le ilumina}, tiene que perfeccionarlo con la luz de la santísima fe y proponerse como objetivo alcanzar el amor inestimable que Dios nos ha mostrado.

Es entonces cuando el afecto, viéndose amado, ya no podrá impedir que se ame aquello que el entendimiento ve y conoce en verdad.

1.3. Síntesis de este primer párrafo:

- *El hombre ha sido creado por Dios como obra de su amor inteligente.*
- *Dios le ha dotado con tal poder para amar que sin amar no vive, y con tal necesidad de ver que no ame a ciegas, sin ver, sin luz.*
- *Esa facultad de amar está iluminada y guiada en el hombre honesto por doble luz: la de la inteligencia y la de la fe; y con la fuerza de ambas no debe dejarse engañar por falsos atractivos de dioses (que son apetencia y placeres en noches sin luz) sino elevarse al amor de Dios que es fuente de vida y se nos muestra afectuoso.*
- *Si actuamos siguiendo amores y visiones engañosas, tenemos la muerte espiritual; y si actuamos elevando nuestro amor sobre sentimientos carnales en busca del auténtico amor de caridad, llegamos a gozar del amor inefable que brota del corazón de Dios. Ese es el amor de caridad.*

2. En el árbol del amor, la flor es para Dios, y los frutos para el hombre

2.1. El hombre es como un árbol de amor; y el libre albedrío, su cultivador.

Carísima hija, Benedicta! , ¿no te parece que los hombres somos un árbol de amor, porque salimos de las manos de Dios, por amor?

Sí, y somos un árbol tan bien hecho que nadie puede impedir su crecimiento, ni quitarle su fruto, si él no lo quiere.

¿Por qué es tan grande su poder? Porque a ese árbol Dios ha dado, según su beneplácito, un experto labrador (cultivador) que lo cuida: *es el libre albedrío*.

Piensa un momento. Si el alma humana no dispusiese de ese cultivador, no sería libre; y, no siendo libre, tendría excusa de su pecado.

Si no tiene excusa es porque nadie -ni el mundo, ni el demonio, ni la débil carne puede forzarla a contraer culpa alguna, si ella no lo quiere.

Y esto es así porque el hombre, árbol de amor, tiene en sí a la *razón*, siempre disponible si el *libre albedrío* la quiere utilizar; y tiene al *ojo del entendimiento* que conoce y ve la verdad, a no ser que la niebla del amor propio le ofusque.

Todo hombre, con esa luz, ve dónde debe estar plantado el árbol. Si no lo viese, y si no tuviese esa dulce potencia del entendimiento, el cultivador (*libre albedrío*) tendría excusa, y podría decir: "*Sí, yo era libre, pero no veía dónde podía plantar mi árbol, si en lo alto o en lo bajo*".

Esa excusa ya no cabe, pues tiene a su disposición al entendimiento que ve, y a la razón, que es un lazo de amor razonable con que puede ligar e injertar ese árbol en el árbol de la vida de Cristo, dulce Jesús.

2.2. Ese árbol, hombre libre y responsable, ha de ser plantado en tierra de la humildad

Vaya, pues, el libre albedrío a plantar su árbol allí donde el ojo del entendimiento haya visto que es su lugar y la tierra en que debe ponerse para que produzca frutos de vida.

Carísima hija: ¿dónde verá el cultivador, libre albedrío, que tiene que plantar el árbol? No lo dudes, será *en la tierra de la verdadera humildad*.

No puede o debe hacerlo en el *monte de la soberbia* sino en el *valle de la humildad*.

Si así lo hace, el árbol fecundo se prepara para dar flores odoríferas de virtud, comenzando por aquella suprema flor que es la *gloria y alabanza al nombre de Dios*. Producida ésta, todas las obras y virtudes del árbol, que son dulces flores y frutos, participan de su fragancia.

Esta flor {*de gloria y alabanza*}, carísima hija, es la que hace florecer nuestras virtudes; es la flor que Dios quiere para sí, dejándonos para nosotros el fruto.

De este árbol, Dios sólo quiere para sí flores de gloria, es decir, quiere que nosotros demos gloria y alabanza a su nombre, y {*a cambio*} él nos da a nosotros el fruto. Él no tiene necesidad de nuestros frutos, dado que a él no le falta cosa alguna, pues **ÉL ES EL QUE ES**, mientras que nosotros *somos los que no somos*, y sí los necesitamos.

Nosotros no existimos por nosotros mismos sino por Él, puesto que Él nos ha dado el ser y toda gracia añadida al ser; y a Él no le podemos ser de utilidad alguna.

Y como la suma y eterna Bondad ve que el hombre no vive de las flores sino del fruto - pues de la flor morimos y del fruto vivimos- , toma para sí la flor y nos da a nosotros el fruto.

Y si acaso la ignorante criatura quisiera alimentarse de flores, esto es, de la gloria y alabanza que corresponde a Dios, dándose las a sí misma, se le privaría de la vida de la gracia y se le daría la muerte eterna, si muriera sin corregirse, esto es, sin volver a tomar el fruto para sí, dando a Dios la flor, la gloria.

2.3. El árbol del amor crece y se eleva a Dios

Cuando nuestro árbol ha sido plantado así, dulcemente, {*en la tierra de la humildad*}, crece por sí mismo y de tal modo que su copa, es decir, el afecto de su alma, se llega a perder a los ojos de la criatura en un punto supremo en el que se une con el Dios infinito, por afecto de amor.

2.4. Síntesis de este segundo párrafo:

- *El hombre es como un árbol de amor, salido de las manos de Dios.*
- *Porque es libre, puede plantarse en el valle de la HUMILDAD o en el monte de la SOBERBIA, convirtiéndose en árbol de virtud y vida o de pecado y muerte.*
- *Si es plantado en el jardín de la humildad, se desarrolla y da FLOR de alabanza y gloria a Dios y FRUTOS de virtudes, trabajos y méritos para nosotros.*
- *Dios, EL QUE ES, sólo quiere del hombre la flor de la gloria y alabanza, y se complace en ayudarlo y regalarle con sus dones o frutos de virtud.*

- Sería grave error del hombre, su gran pecado, tratar de que las criaturas le den gloria y alabanza a él, eclipsando a Dios.

- El acierto del hombre está en progresar de tal forma en el camino de la humildad hacia el amor supremo que su vida íntima –escondida en Dios amor- se pierda a los ojos humanos para fundirse en el amor divino.

3. Tierra de humildad es el campo del conocimiento de sí mismo

3.1. La humildad que brota del conocimiento de sí mismo hace fecundo al árbol espiritual del hombre.

Hija mía, Benedicta, quiero indicarte -para que no te equivoques- en qué campo se halla esta tierra {del árbol del amor}.

La tierra es la verdadera humildad, como se ha dicho; y el lugar donde ella se encuentra es el jardín cerrado del conocimiento de sí mismo.

Digo "jardín cerrado", porque el alma que ha entrado en la celda del conocimiento de sí misma, está cerrada, no abierta, es decir, no se deleita en las delicias del mundo; no busca las riquezas sino la pobreza voluntaria; nada busca para sí misma ni para los demás, y no se inclina a complacer a las criaturas, sino sólo al Creador.

En esa actitud, si el demonio le suscita torpes y variadas tentaciones, con fatigas de mente y desordenados temores, ella no acepta su juego ni se pone a investigar su naturaleza ni a averiguar por qué le vienen, nise dispone a luchar con ellas; ella no desparrama su corazón cediendo a la confusión y tedio de la mente; ella no abandona sus ejercicios espirituales.

Ella se cierra más bien y se recluye, acompañada por la esperanza y por la luz de la fe, con odio y rechazo de la propia sensualidad, considerándose indigna de la paz y de la quietud de espíritu.

Aún más, por verdadera humildad, ella se considera merecedora de esta guerra e indigna del triunfo, es decir, se estima a sí misma digna de la pena que le parece recibir en ese periodo de las grandes batallas, y se propone siempre como objetivo seguir a Cristo crucificado, deleitándose de estar en la cruz con él.

Con estos pensamiento ella hace cautivos a cualesquiera otros. Este es, pues, el dulce lugar donde está la tierra de la verdadera humildad.

3.2. Si el árbol del amor crece en esa tierra de humildad, su copa, es decir, el afecto, busca fundirse con el afecto de Cristo crucificado.

En el crecimiento del árbol del amor, cuando la copa de ese árbol, esto es, el afecto del alma -que sigue al entendimiento, como se ha dicho- ha llegado al conocimiento {o encuentro} del objeto de sus deseos, que es Cristo crucificado, abismo del fuego de su caridad .., entonces ese afecto suyo se une {adhiera} al afecto de Cristo crucificado, y con el amor atrae al amor; es decir, con su amor ordenado que se eleva sobre las percepciones sensitivas atrae hacia sí al amor ardiente de Cristo crucificado {y se inflama en él}.

Esta atracción de afectos se produce porque nuestro corazón, cuando se enamora del amor divino, actúa al modo de la esponja que atrae hacia sí el agua.

Así como la esponja, si no está inmersa en el agua, no atrae a esta hacia sí {no la absorbe}, a pesar de que por su natural condición esté dispuesta para hacerlo, así acontece con el afecto del corazón humano.

Este, en efecto, aunque por naturaleza esté apto y dispuesto para amar, si no es preparado con la luz de la razón y por la mano del libre albedrío, *uniéndolo al fuego de la divina caridad*, nunca se empapa de la gracia de Dios. En cambio, si se une a ella, siempre está empapada de ella.

Por eso te dije, hija mía, que del amor y con el amor se saca el amor.

3.3. Síntesis de este tercer párrafo:

- *Sin humildad verdadera no hay tierra fecunda para la espiritualidad del amor.*
- *Y sin cultivo de la celda interior del conocimiento de sí mismo, reconociéndose una nada, y negándose a ser esclavo de placeres e intereses mundanos, no cabe humildad en la verdad.*
- *Quien cultiva la verdadera humildad se abraza a la cruz de Cristo y se deleita en él.*
- *Y cuando llega a conocer a fondo el misterio de Cristo crucificado, y el amor que en él se nos revela y da, se enamora y funde en su amor de tal manera que, sintiéndose amado, ama y atrae hacia su corazón al amor y corazón del Amado.*

4. El amor crece con la lluvia de la caridad para con el prójimo

4.1. El amor de caridad rebosante siempre redundando en amor al prójimo

Hija mía, Benedicta, cuando el vaso del corazón está lleno, él riega el árbol con el agua de la divina caridad para con el prójimo.

Esta agua de divina caridad es como rocío y lluvia. Ella riega la planta del árbol y la tierra de la verdadera humildad. Ella hace más fecunda esa tierra. Ella hace más fecundo el jardín del conocimiento de sí mismo, pues este jardín queda sazonado con el conocimiento de la bondad de Dios en sí.

Tú sabes lo sabes bien. Si un árbol no está bien regado con el rocío y la lluvia y no recibe el ardiente calor del sol, no produce fruto. Y si produce alguno, éste no llega a su perfección {o maduración} sino que queda en camino, inmaduro.

Así también el alma -que es como un árbol, según se ha dicho-, por el solo hecho de ser plantada, si no cuenta con la lluvia de la caridad para con el prójimo y con el rocío del conocimiento de sí, y si no es caldeada con el calor del sol de la divina Caridad, no da fruto de . Y si lo da, ese fruto no llega a su madurez {perfección}.

En cambio, cuando el árbol del amor ya ha crecido, fácilmente extiende sus ramas, y ofrece sus frutos al prójimo, frutos de santísima y humilde y continua oración, y da con ello ejemplo de vida santa y buena.

Y, en su momento, extiende sus ramas haciendo al prójimo partícipe de los propios bienes con un corazón liberal y generoso, sencillo y no fingido; es decir, actuando de forma que no sólo muestra disposición a obrar a su favor, sino que con sencillez y afectuosa caridad presta cualquier servicio que esté a su alcance y que el prójimo necesite.

4.2. Dos brazos de una misma caridad sirven a Dios y al prójimo.

La caridad, hija mía, Benedicta, no busca sus propios intereses, ni se busca a sí misma y por sí misma. Se busca a sí misma por Dios, para ofrecerle flores de gloria y alabanza a su santo nombre.

La caridad no busca a Dios por sí misma sino a Dios por Dios, en cuanto que es digno de ser amado por nosotros, por su bondad. La caridad no ama ni busca ni sirve a su

prójimo por interés propio, sino sólo por Dios, cumpliendo en el prójimo el deber que no puede cumplir con Dios, el de *serle útil*.

Ya te dije que nosotros no podemos ser de utilidad para Dios; pero ayudar al prójimo es servir a Dios. El prójimo es un medio que Dios nos pone en el camino para probar la virtud y para mostrar el amor que tenemos al dulce y eterno Dios.

4.3. Síntesis de este párrafo:

- *Quien vive en caridad, redunda en bondad y servicio a los demás.*
- *Quien vive en caridad, no se cuida egoístamente de sí mismo sino que se preocupa de la gloria de Dios y del bien del necesitado.*
- *Y, como a Dios no puede serle útil, entiende que todo cuanto hace por amor al prójimo lo está haciendo a gloria de Dios.*
- *El prójimo es oportunidad y medio para mostrar que se ama de verdad en caridad.*

5. La caridad gusta de la vida eterna

5.1. El premio a la caridad es la vida eterna

Esta caridad, hija mía Benedicta, gusta de la vida eterna. Ella da plenitud y consume todas nuestras virtudes. Ella nos da luz perfecta con paciencia verdadera. Ella nos hace fuertes y perseverantes para que no volvamos la cabeza hacia atrás para mirar el arado (Lc 9,62) sino que perseveremos hasta la muerte, deleitándonos por estar en el campo de batalla por Cristo crucificado.

Y Él nos pone delante su sangre a fin de que ella nos impulse a la batalla como a verdaderos caballeros.

5.2. Veste nupcial de la caridad

Por eso, hija, nos es tan útil y necesaria, y tan deleitable la caridad.

Sin caridad, estamos en continua amargura y recibimos la muerte, y quedan al descubierto nuestras vergüenzas.

Sin caridad, en el último día del juicio nos avergonzaremos ante todo el universo mundo y ante la naturaleza angélica y ante todos los ciudadanos de la vida eterna, pues la vida

eterna es vida sin muerte y luz sin tinieblas, y en ella se da perfecta y común caridad, participando y gustando cada uno del bien de los otros por afecto de amor.

Ha de ser, pues, abrazada esta dulce reina, y hay que vestir esta veste nupcial de la caridad.

Hay que disponerse a la muerte cultivando el ansiado y dulce deseo de poseerla a cualquier precio; y, cuando ya la poseemos, hemos de disponernos a sufrir cualquier pena, venga de donde viniere, hasta la muerte, para poder así conservarla y hacer que crezca en el jardín de nuestra alma.

5.3. Vivir fundados en la verdad y caridad

Yo no veo, hija mía, que haya otro modo de *vida* ni otra vía para nosotros. Por eso te dije que deseaba verte bien fundada en la verdad y en la perfecta caridad.

Te ruego, pues, por amor a Cristo crucificado, que trates de apoyarte en estos fundamentos. Si lo haces, no tendrá lugar para ti el temor servil, ni cabrá el pánico ante vientos contrarios por molestias del demonio y de las criaturas, vientos contrarios que tratan de impedir nuestra salvación.

Pero, a ejemplo del árbol plantado en el valle, único árbol que no puede ser agitado por los vientos, sé tú misma humilde y mansa de corazón.

No te digo nada más. Permanece en la santa y dulce dilección de Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

Santa Catalina de Siena: *Carta 113*